



Una comedia italiana

Los europeos, de Rafael Azcona (Pepitas) | por Juan Jiménez García

He entrado en una extraña rayuela. Pensando en qué escribiría sobre *Los europeos*, última entrega de esa biblioteca Azcona en Pepitas, mi cabeza se ha perdido en divagaciones, búsquedas y encuentros. Pensaba que era bien extraño que *Los europeos* no se hubiera llevado al cine (quién sabe, tal vez había algún proyecto). Pero que, siendo un libro tan, pero tan español, no podía dejar de pensarlo como una comedia neorrealista italiana de finales de los cincuenta principios de los sesenta (y eso está bien, porque de 1960 es el libro de Azcona). Pensaba que no está muy lejos (y sin embargo, el escritor español se adelantó en dos años) de *Il sorpasso*, y que esta probable adaptación debería pasar también por Dino Risì, que se le daban mejor las playas que a Monicelli o a cualquier otro. Que incluso ahí tenía que estar Vittorio Gassman haciendo de Antonio, aunque no veo a Trintignant, porque le falta mala leche para hacer de Manuel y mucho desencanto. Pienso en Marcello Mastroianni, porque con Nino Manfredi nos pasaríamos de largo, aunque quién sabe (porque Manuel no es más que otro verdugo más). Hubiera sido una película digna del libro, es decir, enorme. Y la demostración de que España e Italia estaban muy cerca y solo les separaba una dictadura y la posibilidad de hacer. Cuando el libro reapareció en 2011, Rafael Azcona lo revisó. Y eso es lo que nos llega ahora, de nuevo. El retrato no del sueño de una noche de verano, sino del eterno invierno español, que nos gusta pensar franquista pero va a ser que no. Y hasta ahí puedo leer.

Estamos en 1958. Miguel Alonso es un delineante que trabaja para un arquitecto. El arquitecto tiene un hijo que no es ni delineante, ni arquitecto, ni nada. Solo tiene una cosa en la cabeza y son las mujeres y para él es más que suficiente y a eso con-

sagra su vida y, desde luego, su cuerpo. Ibiza se ha puesto de moda. Y las extranjeras, presas fáciles para el reglamentado y hambriento español. El hijo se llama Antonio. Antonio le propone a Manuel irse para allá a pasar un par de meses con la paga extra y alguna bonificación, mientras el padre anda por ahí, por Estados Unidos. El argumento es estudiar la arquitectura ibicenca pero lo cierto es que solo se quedan con la fauna autóctona y los cuerpos extranjeros. Antonio con más entusiasmo, porque es un libertino español, especie que poco tiene que ver con los libertinos de toda la vida, franceses y todo eso, pero que para el caso vale igual. Manuel es un tipo más serio y, como tipo serio, acaba liado con una valenciana del montón pero que perdió su virginidad en una de esas (lo cual la hace una *femme fatale*, versión nacional), hasta que se encuentra con Odette, una francesa que lee libros y no quiere líos, lo cual la convierte en una bicho raro, casi sobrenatural, a los ojos de los cazadores de cuerpos.

El retrato de esa España encerrada en ese microcosmos ibicenco que hace Rafael Azcona, es digno de sus mejores obras y tiene la misma piedad: ninguna. La mala leche que destila su retrato es brutal y sin embargo es complicado pensar que podía ser de otro modo. Como en las mejores comedias de aquellos años (de ahí que sean herederas de las tragedias del neorrealismo), el problema (o el espanto) es que son tan reales que nos producen un ligero escalofrío. Sus protagonistas (y sus secundarios, porque siempre fueron obras con una galería de secundarios maravillosa) no solo podrían haber existido, sino que seguramente existieron, porque lo que sí que existía, indudablemente, era ese mundo que habitaban, de milagros económicos que solo eran alfombras bajo las que esconder la miseria. Se



puede ser pobre de muchas maneras, y lo fuimos de todas. Después, nos preguntamos si todo esto forma parte de algún tipo de pasado o simplemente hemos cambiado de ropa pero no de cuerpo. Y entonces miro por la ventana. El cielo es azul mar, porque el mar no está muy lejos. Es más: está muy cerca. Hasta aquí llega la brisa y también el escándalo de las gaviotas reidoras. Pienso que no me costaría mucho ir a comprobarlo, aunque esto no sea Ibiza (pero ahora Ibiza lo es todo). Y pienso que mejor me quedaré aquí, alimentando una pequeña duda. La duda de si habremos avanzado, porque la certeza es que no.

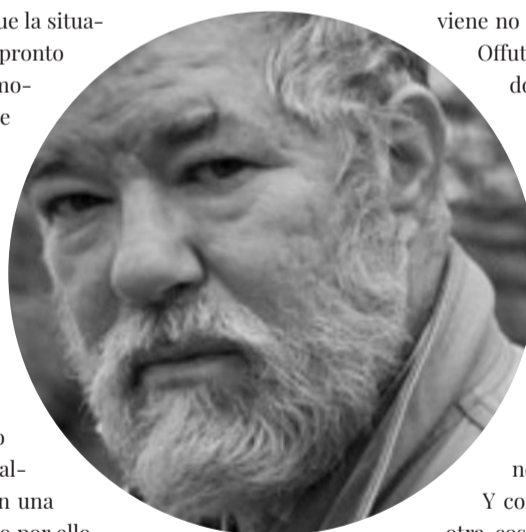
La tierra que nadie visita

Kentucky seco, de Chris Offutt (Sajalín) Traducción de Javier Lucini | por Óscar Brox

La literatura del Sur de los Estados Unidos aún, en un mismo cuerpo, memoria y experiencia, tiempo y cicatrices, rostros y territorios, amor y violencia. Casi siempre, con el detalle significativo de que narran historias de lugares que han desaparecido, o que están al borde de la desaparición, y personas que se arrastran por el fango del pasado, cuyas enseñanzas configuraron el horizonte vital de cada autor. Leer *Kentucky seco*, la colección de relatos escritos por Chris Offutt, nos traslada a un paisaje devastado y empobrecido, a caballo entre el analfabetismo y ese saber de la tierra que, a la postre, resulta más práctico en un terreno en el que la naturaleza salvaje no ha perdido su hegemonía; en el que los hombres, en definitiva, viven marcados por la violencia, el instinto, el respeto y la necesidad de sobrevivir. A toda costa. Por mucho que la muerte, siempre al acecho, ofrezca devastadoras imágenes como la de un pobre desgraciado atrapado por la fuerza de un bulldozer. O un anciano consumido en su lecho, al que las ratas han empezado a devorar. Y sin embargo, resulta difícil no entrever la belleza con la que Offutt describe un espacio familiar, el del primer hogar, el de una vida violenta que se intuía como algo natural dadas las duras condiciones con las que se mantenía el más precario equilibrio. Una vida acostumbrada a la muerte, a las ausencias, que el autor escribe incluso con reverencia. Quizá porque aquella América se mecía a otro ritmo, con la convicción de que todos esos ritos y transformaciones naturales daban forma su peculiar sentido de la moralidad. A la necesidad de aprender de la muerte a través del cadáver de un perro, o de comprender que la brutalidad humana no era óbice para contener, asimismo, un poco de piedad ante el compañero al borde del precipicio. De tal forma que los extremos se tocaban hasta, casi, confundirse, y los bosques -perfecta metáfora de aquel entorno rural- podían contener tanta belleza como muerte. Offutt escribe esas vidas sin esquivar su carácter

biográfico, de forma que la situación de partida tan pronto contiene una lección moral como un paisaje de juventud, una figura vagamente familiar o el vestigio de un pasado que su escritura trata de salvar del fuego. Y es que en *Kentucky seco* la Historia de la Batalla de Blue Licks se convierte en un grotesco tatuaje paterno a la altura de los pezones; en una historia menor, pero no por ello insignificante, sobre ese horizonte familiar que no podemos dejar de sacrificar cuando se impone progresar en la vida; que evocamos con tanta dureza como ternura, siguiendo las huellas de un padre que va y viene, de un hermano lento al que el tiempo tarde o temprano acabará tragándose y de un cagadero cuyo pestazo no podía disimular ni el olor de la madre selva. Pero *Kentucky seco* es, también, esa partida demencial entre un grupo de hombres que, posiblemente, se acaban matando los unos a los otros, y que Offutt describe con tanto respeto que, de alguna manera, nos invita a pensar en el sentido que podía tener el honor, o la palabra, en un lugar en el que cada vecino (a falta de escritura) tenía la suya.

Todo lo duro de la vida queda encapsulado en unos relatos que se quedan pegados al paladar, tal vez porque cuesta tragar la sinceridad con la que su autor recorre el horizonte en el que se destetó. No en vano, hay relatos que se sostienen únicamente a través de las palabras de un muerto, o del hedor que recorre el hogar porque nadie ha querido sacar el cadáver del perro de la familia. Pero con-



viene no equivocarse: la escritura de Offutt es riquísima a la hora de dotar de tridimensionalidad a sus escenarios, así como de dejar patente que el lugar, la naturaleza y el clima, son asimismo protagonistas de sus historias. Detonantes de ese riesgo extremo que atenaza las vidas de sus criaturas. Que las zarandea sin que tengamos muy claro si saldrán o no de esta.

Y con todo, no se puede alabar otra cosa de *Kentucky seco* que no sea su belleza, su verdad, la sequedad con la que autor y personajes se conducen por un territorio de vida y muerte, de sinsabores y amarguras, pero también de esa mirada inocente que las experiencias y el tiempo se encargan de endurecer. Lo de Offutt es una elegía a esa tierra que nadie visita, aislada en una América preocupada por sacar músculo de su incesante espíritu capitalista, que ha perdido de vista la realidad de los Apalaches, de los pantanos y manglares, del parque de caravanas y de las congregaciones que viven fuera de cualquier tiempo, a cobijo de unas convicciones construidas a pajas con la naturaleza más salvaje. Y así es como uno llega a la última página de *Kentucky seco* con la sensación de que un mundo ha pasado entre las páginas de los relatos, entre el éxtasis y la agonía, entre el amor más brutal y una educación violenta. Entre lo que fue y, definitivamente, lo que nunca podrá ser. Aquello que las bellas palabras de Chris Offutt encierran en una colección de relatos inolvidables.

detour.es
diarios.detour.es
correo@detour.es
facebook/revistadetour
twitter/tdetour
instagram/revistadetour

El club

En paralelo a nuestra actividad como revista, Détour es también un proyecto cultural. Fruto de ese empeño por dinamizar el panorama lector de la ciudad surge este primer club en colaboración con la Librería Ramon Lull: *El club de las próximas lecturas*. Más que una reunión para discutir impresiones sobre libros, lo que queremos es construir un punto de encuentro para compartir las últimas lecturas; llevar a cabo pequeños monográficos en torno a ciclos, épocas, ambientes artísticos y grupos, en ocasiones, no lo suficiente conocidos; y, fundamentalmente, poner en común con los lectores todo aquello que nos interesa del panorama literario.

A partir de sesiones mensuales, *El club de las próximas lecturas* se organizará en torno a un tema, unos cuantos libros y un boletín periódico en el que, de manera un poco más sintetizada, daremos cuenta de algunas de las lecturas y nombres recomendados. Así, la idea de este primer club va a ser conseguir que la gente que participe se anime a leer, a tomar sus propias decisiones, a descubrir otros libros, a interesarse por autores y temas en los que tal vez ni había pensado, a transmitir el gusto por los libros y el intercambio de opiniones y lecturas.

La melancolía de las obras tardías, de Béla Hamvas (Ediciones del Subsuelo) Traducción de Adan Kovacsics | por Juan Jiménez García

¿Cómo no sentir inmediatamente simpatía por un libro que tiene por título *La melancolía de las obras tardías*? ¿Cómo no sentirlo por un libro que contiene ensayos sobre el canto de los pájaros o coger cerezas? ¿Cómo no esperar todo de él? Esperar todo de él y encontrarlo ahí. Y reparar en que esos títulos no solo no son vanas promesas de algo sino toda una declaración de intenciones, capaces de contener la esencia de todo lo demás. En ellos está contenida la búsqueda de un sentido, a través de la sencillez. Una sencillez que arroja una cálida luz primaveral, de atardecer, sobre temas complejos. Porque Hamvas no fue un hombre cualquiera, aunque tal vez lo pretendiera. Fue uno de aquellos tantos sobre los que su época arrojó toda la estupidez y todo el silencio que era capaz de reunir. Con una obra condenada a los cajones de su escritorio, nunca renunció a la libertad. La libertad, que para él no era la ausencia de obstáculos (eso es el capricho, decía), sino ser plenamente consciente de lo que uno es, dónde está y cómo moverse entre las cosas.

La melancolía de las obras tardías es una reunión de textos que abarcan buena parte de su vida, publicados aquí y allá, prohibidos la mayor parte de las veces. Aún se siguen reuniendo sus obras completas, pero su lugar en la literatura húngara es, nos dice Adan Kovacsics, de suma importancia. Filósofo, el primero de sus logros es haber sido capaz de construir unos textos cristalinos, de una belleza insólita. Tal vez, porque en él habitaba el corazón de la poesía. Preguntarse qué hace tan especiales las últimas obras de autores como Beethoven o Shakespeare (en el ensayo que da título al libro) se convierte un apasionante viaje sobre la creación y la vida (qué son esas obras sino ésta recogida en una última gota de miel, en sus palabras).



Hay, en muchos de sus ensayos (*El canto de los pájaros*, *Árboles*, *Coger cerezas*), un gusto por la vida que nos corta el aliento. Que un pájaro cante de una determinada manera, que un árbol tenga una determinada forma o el acto de subirse a un cerezo (cosa que no podemos hacer con un manzano), se convierten no solo en una reivindicación de la belleza y la luz sobre la oscuridad (y Hamvas sabía mucho de tiempos oscuros) sino en una reflexión sobre otros temas que rara vez se afrontan desde ese hedonismo, esa búsqueda dulce del placer. Casi sin advertirlo otras tantas cuestiones vienen a nuestra cabeza, y otras tantas respuestas a su escritura. Hay algo de tranquilizador en pensar que podemos intentar entender el mundo desde una posición cercana a la del paseante. Dice: *el pecado, amigo mío, consiste en el encierro*. Hay que lanzarse a los caminos no para huir de nada, sino para encontrarnos con todo. Y si no se encuentra, seguir buscando.

Así, avanzamos entre la obra de Beethoven, de Kierkegaard, de los filósofos clásicos, como entre esos mismos árboles, aquellos cerezos. Y una cosa nos lleva a otra y esa otra a una más, como en ese poema de resonancias brechtianas que es *La formación de los Estados*. Y al final todo acaba porque tiene que acabar, pero nosotros hubiéramos seguido igual, caminando junto a Hamvas, en un silencio lleno de palabras. Y, como en *El maravilloso viaje de Joachim Olbrin*, empezamos a comprender que el secreto está en crear (hombres u obras) dejando en cada una de ellas una gota de sangre. Una gota de vida.

Próximo club

En *El club de las próximas lecturas* hablaremos de ambientes literarios y artísticos, de épocas y generaciones de autores. Queremos destacar cómo la literatura influyó sobre un determinado momento de la Historia y cómo esta, asimismo, fue capital para alumbrar a grupos y escritores capaces de hacer de su obra el testamento de una época de efervescencia creativa. De escritores con un pie en la literatura y otro en la delincuencia; de los que soñaban con los ojos abiertos y escribían con los ojos cerrados; o de los que glosaron la vida entre las sombras de la escritura profesional y sublimaron la novela negra hasta, casi, convertirse en unos desclasados. Escritores del Este y del Oeste, de la generación perdida o hijos de las políticas represivas del Estado. Cómicos, fugitivos, secretos y aventureros, incómodos y universales, capaces de jugar con el lenguaje y sus reglas o de invadir los géneros literarios y formatearlos.

El próximo club literario...

Sábado, 19 de octubre,
cinco y media de la tarde

Llibreria Ramon Llull
Corona, 5, Valencia



r

LLIBRERIA

Retirada, de Pureza Canelo (Pre-Textos) | por Francisca Pageo

Cómo escribir sobre poesía si cada poema es un abismo. No lo digo yo, lo dice Pureza Canelo. Pienso en toda la poesía que habrá leído Pureza, en todos sus poemas escritos y no escritos, en todas las palabras que quieren salir y saldrán e incluso en las que Pureza se guarda para sí, como si cada una de ellas llevara el peso del mundo, el peso del amor y la dedicación. Con *Retirada*, editado por Pre-Textos, Pureza Canelo alberga la palabra como si esta fuera el agua de un cántaro. Nosotros la bebemos porque necesitamos su agua fresca, su agua limpia, su agua que purifica nuestras más íntimas esperanzas. La poesía de Pureza es clara y pura, viene de su corazón y de su alma, y su mente no es más que un velo por el que Pureza pasa a tientas.

Cómo escribir sobre poesía si ella es escurridiza. Esta se mueve a través de nuestras manos y a través de nuestra mirada. Pureza Canelo busca en la vida y encuentra. Encuentra belleza, el alma de las cosas, recovecos de una vida efímera y entusiasta. *Retirada* es de un modo u otro una búsqueda de la poesía. Pureza busca en los momentos cotidianos, en los momentos más ínfimos y delicados, y en ellos se detiene y hace pausa para observarlos, para sacar de ellos la esencia de las cosas y de la vida. «Este libro me busca como expiación, y avanza», dirá Pureza.

Cómo escribir sobre poesía si la poesía ni empieza ni termina nunca. Asimismo, si la poesía ni empieza ni termina nunca, Pureza se halla en los bordes y en el centro de la poesía misma. En la sangre, en la piel, ¿dónde terminan y empiezan ellas? Aunque la poesía de Pureza es una poesía no corporal, sí que es táctil a su devenir. Podemos tocarla, apreciarla, sentirla con nuestros dedos y nuestras manos, tenerla aquí, en nuestra piel. De algún modo hay algo en ella que se pausa en nuestro cuerpo, como si las emociones tuvieran lugares propios en él, lugares donde palpitan, donde bullen y se entremezclan con esa parte de nuestro ser. Escribamos sobre poesía porque es necesario. Es imprescindible que las palabras bullan en nosotros, que no sólo se queden en nuestra piel y la traspasen hasta llegar a nuestra alma. Es imprescindible que las palabras sean pasadas al papel una vez que las filtramos y las hacemos nuestras. Así, *Retirada* de Pureza Canelo, deja un poso en nosotros. Un poso lleno de incertidumbre, de duda, pero también de belleza y amor por la palabra y la emoción. Hagamos

así que esas emociones táctiles, esas emociones que cada serie de versos y palabras nos han llevado hasta aquí, las escribamos al papel, que hablemos de ellas. Eso es precisamente lo mágico de la poesía de Pureza, como su nombre, como lo blanco en un cielo que refleja la nieve, como el canto de los pájaros cuando precede a la aurora.

«Hay una telaraña de nube cuando está amaneciendo. Grisácea, después tomará color rojizo, más tarde desaparece sin movimiento.

Esta comunión de humano y planeta no deja de ser un sueño.»

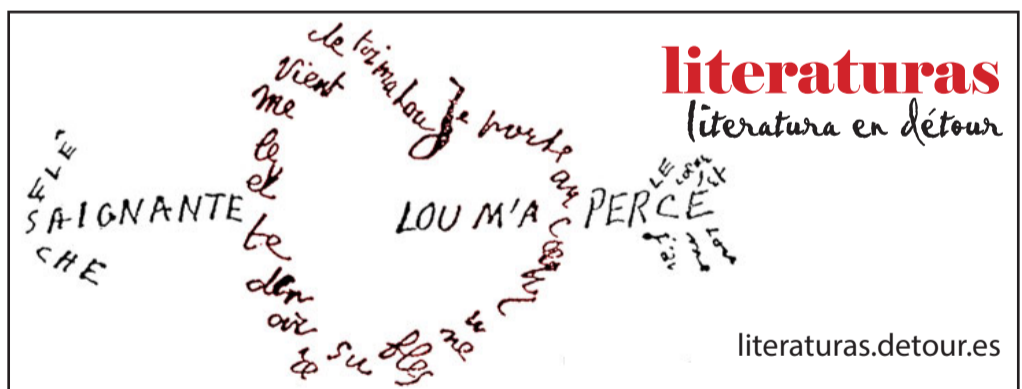


«Sobre la cal el sol se escampa. De ella niños antiguos despegábamos capas para teñir la acequia de blanco entre los frutales de la tierra.

Pared de fulgor, se yergue en horas. Tanta reverberación hace alrededores vacíos, puro deslumbramiento, desaparición de las formas. Heridos de blancura pájaros chocan y quedan expuestos en la vitrina de aire.

Lienzo pleno, nunca un verso soñara alcanzarlo en el rumbo de la mañana. El paso de las horas se irá llevando el resplandor. Los cielos cambian de encomienda. El alma hace su camino.

Y la cal en noche, la ceguera como luz. Una y otra son vivir. Noche y día pertenecen a un golpe de cálculo lírico.»



NÚMERO NUEVE, 2018-19
DETOUR.ES

**MINET
GILBERT-LECOMTE
COOPER
PASOLINI
FOSTER WALLACE
PYNCHON
SANROMÁN
DELILLO
FRANZEN
TOPOR**

détour